HARLEQUIN™

Saga «Escándalos de sociedad»

NICOLA CORNICK



El pretendiente adecuado

Nicola Cornick



El pretendiente adecuado

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2002 Harlequin Books S.A. Todos los derechos reservados.
EL PRETENDIENTE ADECUADO, Nº 35 - 19.12.07
Título original: An Unlikely Suitor
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-5634-8
Depósito legal: B-44375-2007
Editor responsable: Luis Pugni
Impresión y encuadernación: LITOGRAFÍA ROSÉS, S.A.
C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)
Fecha impresión Argentina: 16.6.08
Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA
Distribuidor para México: CODIPLYRSA
Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.
Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

Uno

Septiembre de 1812

—¿Cuántos pares de guantes necesita una mujer, Lavender? —le preguntó Caroline Brabant a su cuñada.

Las dos estaban sentadas en la biblioteca de Hewly Manor, una habitación elegantemente amueblada con estanterías de nogal que el almirante, el padre de Lavender, había llenado con libros y códices recopilados en sus largos viajes por todo el mundo. Caroline estaba recostada en el sofá, y Lavender acababa de terminar la lectura en voz alta de *Sentido y sensi-*

bilidad, la conmovedora novela con la que ambas habían estado deleitándose.

Lavender levantó la mirada del libro. La pregunta de Caroline podía parecer estúpida y trivial, pero Lavender sabía que su cuñada rara vez hacía preguntas sin sentido. Caroline era una dama de los pies a la cabeza y no necesitaba el consejo de Lavender sobre las normas de etiqueta. Sin duda tenía otra razón para hacer aquella pregunta…

—No estoy segura, Caro —respondió con cautela—. ¿Tres o cuatro, quizá? Dos pares para usar a diario y otro para las noches…

Caroline suspiró y dejó a un lado su revista.

—Entonces tienes que ser la mejor clienta de Hammond's —observó—. Según mis cálculos, has comprado seis pares de guantes en el último trimestre, por lo menos.

Lavender evitó la cáustica mirada de Caroline, pero ésta siguió de manera implacable.

—Y cuando no son guantes, son sombreros, pañuelos o telas... ¿Toda tu ropa se desgasta a la vez, Caroline?

Lavender se levantó y se acercó a la ventana. Fuera estaba oscureciendo y era hora de

encender las velas. Se mantuvo de espaldas a Caroline y habló en un tono despreocupado del que se enorgullecía especialmente.

—Ya sabes cómo es, Caro… ¡A veces hay que reemplazarlo todo a la vez! Ahora que ha llegado el otoño necesitaré algunas cosas nuevas, como prendas más cálidas para el frío… —se interrumpió, consciente de que estaba divagando y sintiendo la penetrante mirada de Caroline en la nuca.

Normalmente le agradaba contar con la compañía de Caroline, y reconocía que su hermano Lewis no podría haber encontrado a una esposa mejor. Pero aquel día no pensaba igual. No cuando el estado de ánimo de Caroline la empujaba a estudiar detenidamente las cortinas de la ventana.

—Creo que saldré a dar un paseo antes de que oscurezca —anunció, sintiendo la apremiante necesidad de escapar—. Me duele la cabeza, y puede que me ayude caminar un poco por los jardines.

Caroline agarró su labor de punto, que yacía junto a ella en el sofá de brocado.

—Muy bien. No me ofrezco para acompa-

ñarte, ya que estos días me agoto con mucha facilidad —inclinó la cabeza para observar las ropas de bebé que estaba bordando con una habilidad envidiable—. Creo que mañana necesitaré más hilo. ¿Serías tan amable de ir a Abbot Quincey a traérmelo, Lavender?

Lavender la miró con desconfianza, pero Caroline mantuvo una expresión serena mientras se inclinaba hacia su labor. Su embarazo le brindaba un aura de satisfacción más intensa todavía que la que había lucido tras su boda con Lewis. Por desgracia para Lavender, aquel embarazo no había mermado el ingenio ni la perspicacia de Caroline.

Salió de la biblioteca y cerró sin hacer ruido tras ella. Oyó el tañido de la campanilla con la que Caroline ordenaba que se encendieran las velas, y una criada salió corriendo de los aposentos de los sirvientes, hizo una reverencia al ver a Lavender y se apresuró a cumplir con su tarea. Lavender no había tardado en comprobar que todos los criados estaban encantados con Caroline. Una deliciosa sensación de paz se respiraba aquellos días en Hewly Manor, aunque Caroline bromeaba di-

ciendo que todo se echaría a perder en cuanto naciera el bebé.

Lavender fue a la terraza acristalada a buscar el abrigo y las botas. La casa estaba muy limpia y pulcra, aunque daba la impresión de estar inacabada, ya que apenas quedaba dinero para volver a amueblarla. Lewis estaba ahorrando todo lo posible para devolver la hacienda a su antiguo esplendor.

A Lavender no le importaba… La decadente elegancia de Hewly Manor le resultaba muy cómoda y de buen gusto, y además, sabía que mientras estuvieran de luto no sería apropiado acometer una restauración a gran escala. Lewis había insinuado que quizá fueran a la ciudad para el próximo otoño, pero Lavender esperaba que no lo hicieran. Ya había soportado una tediosa temporada en Londres cuatro años antes, y no tenía el menor deseo de repetir la experiencia. Sin embargo, ahora que Lewis se había casado y esperaba un hijo, Lavender no quería aferrarse a sus faldones por más tiempo. Ni él ni Caroline le darían jamás la impresión de estar molestos con su presencia, pero aun así...

Salió por la puerta principal y se detuvo un momento en el sendero de grava, intentando decidir qué camino tomar. Ante ella, un bonito paseo conducía a los jardines vallados y al huerto. La luna se elevaba lentamente sobre las ramas de los manzanos. Lavender se puso uno de los muchos pares de guantes a los que se había referido Caroline y echó a andar por el sendero.

Tal vez acabara siendo una de esas temibles solteronas que suponían un pilar indispensable en toda familia. A medida que aumentase la progenie de Lewis y Caroline, ella iría desempeñando las labores de niñera e institutriz, hasta convertirse en una ayuda imprescindible para los criados y la familia. Todo el mundo alabaría lo buena que era con los niños y lo mucho que éstos la querían. Con los años se iría volviendo más excéntrica, se compraría una casita para llenarla de gatos y se dedicaría a pintar y cultivar flores.

Aminoró el paso. Aquella perspectiva la hacía sentirse horriblemente vacía. Deseaba ser una tía entregada a sus futuros sobrinos, pero ¿y si quería tener una familia propia? Era do-

lorosamente cierto que a sus veintitrés años había dejado atrás su edad casadera sin conocer a ningún hombre que le desbocara el corazón. Bueno, en realidad había conocido a uno, y eso había sido precisamente el origen de todos los problemas...

Llegó al huerto y se detuvo un momento mientras la brisa levantaba las hojas caídas y las arremolinaba en torno a sus pies. El cielo estaba despejado, pero se presagiaba una noche fría. Septiembre era uno de los meses favoritos de Lavender, pero ya se podía sentir la proximidad de un nuevo año. El tiempo pasaba demasiado deprisa.

Siguiendo un impulso, cruzó la puerta del muro y se encontró en la calle adoquinada que discurría desde Hewly Manor hasta el río Steep, pasando junto a la Escuela Guarding. No tenía intención de llegar tan lejos, pero con la creciente oscuridad sintió el repentino deseo de dirigirse hacia el río, siguiendo el muro de la abadía y el linde del bosque. A la luz del día Lavender se paseaba tranquilamente por aquellas tierras, pero no era prudente hacerlo de noche. Había oído que los

cazadores furtivos merodeaban por los bosques, y aunque no pensaba que supusieran una amenaza, era mejor no verlos ni que la vieran. Se estremeció ligeramente por la brisa. Había visto y oído muchas cosas extrañas en el tiempo que llevaba viviendo en Steep Abbot, pero nunca se lo había dicho a nadie.

Pasó por delante de la Escuela Guarding y sonrió al oír los cantos elevándose en el aire. Aquella noche debía de estar practicando el coro. El eco de las voces la acompañó hasta el río, donde fue absorbido por el murmullo de la corriente. La luna se reflejaba como un disco de plata en la superficie, y el viento susurraba entre los árboles.

No estaba lejos de Hewly Manor. El camino de vuelta discurría entre el muro y el bosque. Pero por alguna extraña razón, Lavender se sintió repentinamente inquieta. Se dijo a sí misma que era hambre y no miedo lo que rugía en su estómago, y siguió avanzando con determinación.

Apenas había dado cuatro pasos cuando estuvo a punto de tropezar con un saco que yacía junto al camino. Miró rápidamente a su al-

rededor, pero no se veía a nadie en las sombras. Aún podía oír el sonido del agua entre los crujidos de las ramas, ya que el río sólo estaba a unos metros por detrás de ella.

Se le puso la carne de gallina. No sabía qué hacer. Podría volver sobre sus pasos y regresar a casa… o podría seguir adelante fingiendo que no había visto nada. Cualquiera de las dos opciones era preferible a abrir el saco y descubrir alguna pieza que algún cazador furtivo se dispusiera a reclamar. Entonces creyó oír un ruido procedente del saco y, sin pensar en lo que hacía, se agachó y alargó una mano hacia él. De pronto, el saco pareció cobrar vida propia y se agitó con violencia. Lavender soltó un chillido involuntario.

Al momento siguiente oyó unos pasos tras ella, y antes de que pudiera levantarse, alguien la agarró por el brazo y la hizo girarse. Lavender se encontró en los fuertes brazos de alguien que no quería que volviese a gritar. Uno de los brazos la rodeaba por la cintura, y el tosco tejido de la chaqueta le rozó dolorosamente la mejilla. Era un hombre muy alto y robusto. Ella tenía las manos presionadas con-

tra su pecho y podía sentir los serenos latidos de su corazón tras la sólida pared de músculo.

Curiosamente, aquel descubrimiento le hizo tomar conciencia de la información que sus sentidos le suministraban. Podía oír el susurro de las hojas mezclándose con la respiración de su captor, podía sentir el frío del aire nocturno y el calor que desprendía su piel masculina mientras él inclinaba la cabeza y le rozaba el pelo con la mejilla. Olía maravillosamente bien... Una mezcla de brisa fresca y de vivo olor a limón. Fue aquella última impresión lo que hizo que las piernas le temblaran.

—¡Señor Hammond!

No sabía cómo había descubierto su identidad, pero no tenía ninguna duda sobre la misma. Pronunció su nombre sin pensar. Lo empujó débilmente en el pecho y él la soltó de inmediato y retrocedió unos pasos.

—¡Señorita Brabant! —la voz de Barnabas Hammond era tan tranquila y pausada como ella recordaba, pero parecía acompañada de un tono afable y divertido que a Lavender le pareció totalmente inapropiado.

Siempre le había gustado la forma de ha-

blar de Barney, impecablemente cortés pero sin el menor atisbo de deferencia. Su padre era muy obsequioso con las personas de clase alta que visitaban su mercería, pero miraba con desdén a los clientes más pobres. Barney, en cambio, siempre trataba a todo el mundo con la misma educación y respeto, lo cual agradaba especialmente a Lavender.

Pero en esos momentos se sentía aturdida y confusa, como si nunca se hubieran visto. Él era el hijo de un tendero, y ella la hija de un almirante. Cuando estaban separados por el mostrador de la tienda, Lavender se permitía soñar un poco. Barney podía tratar a todo el mundo por igual, pero cuando se dirigía a ella sus ojos brillaban con un destello de admiración que le aceleraba el pulso. Cuando murió su padre, Barney había sido muy amable y atento con ella, dedicándole unas palabras de consuelo muy sinceras e inteligentes.

Caroline tenía razón… Había visitado demasiadas veces la mercería del pueblo, ya fuera para encargar unas cintas o comprar otro par de guantes. Se ruborizó al recordarlo. ¿Sería una esnob que mantenía las diferencias socia-

les entre ambos, o ella estaba por encima de tales cosas? Fuera como fuera, nunca se había encontrado en una situación semejante con Barnabas Hammond, y se sentía totalmente vulnerable.

El extraño efecto que él le provocaba hizo que su voz sonara exageradamente aguda, cuando le habría gustado aparentar más autoridad.

—Señor Hammond… ¿se puede saber qué hace merodeando en la oscuridad y con… esto? —señaló el saco con el pie. Era evidente que había estado cazando. Y, aún peor, que su presa aún estaba viva—. ¡Jamás lo hubiera pensado de usted! —concluyó con toda la indignación que pudo aparentar.

—¿No? —preguntó él con una mezcla de asombro y regocijo—. Me siento halagado, señorita Brabant... Pero, ¿a qué se refiere exactamente?

Lavender frunció el ceño. La oscuridad le impedía ver bien su rostro, pero de todas formas Barney siempre mantenía una expresión inescrutable. En más de una ocasión había oído los comentarios de las doncellas sobre el

imponente aspecto físico de Barnabas Hammond, y aunque ella no lo consideraba atractivo según los cánones de belleza clásica, no podía negar que había algo especial en él. Algo que le hacía hervir la sangre cuando pensaba en ello, y que incluso había hecho comentar a Caroline, de manera completamente desinteresada, que podía comprender por qué todas las chicas de la aldea estaban locas por él.

Intentó concentrarse en el momento, pues aquellos pensamientos no podían sino empeorar la situación. Sabía que tendría que excusarse y marcharse rápidamente, pero Barney aguardaba pacientemente su respuesta y sería una descortesía dejarlo allí sin una explicación.

—No imaginaba que se dedicara a la caza furtiva —dijo fríamente, volviendo a señalar el saco. No había vuelto a moverse, pero ella sabía que no se lo había imaginado—. Y atrapar a su presa sin matarla limpiamente... ¡Eso es muy cruel!

Barney soltó una carcajada.

—¿De modo que piensa que soy un cazador furtivo, señorita Brabant? —su voz cálida

y amistosa había adquirido un tono burlón que confundió aún más a Lavender. No sólo era inapropiado... ¡Era propio de un ser desalmado!

—¿Qué otra cosa podría pensar? —replicó ella, enojada, preguntándose por qué el timbre de su voz podía ser tan atractivo cuando sus palabras eran todo lo contrario—. He oído un ruido que salía del saco... ¡Y lo he visto moverse! ¿Y por qué otra razón iba a salir de noche...?

Observó con asombro cómo Barney se agachaba y aflojaba la cuerda que cerraba el saco. De repente no quiso ver qué pobre criatura mutilada había en su interior.

—Se lo ruego, acabe ya con su sufrimiento —le pidió, apartando la mirada—. ¿Cómo puede ser tan malvado?

—Acabar son su sufrimiento era justamente lo que pretendía mi padre —dijo Barney—. Me temo que se ha precipitado en sus conclusiones, señorita Brabant.

Lavender oyó un débil maullido y volvió a mirar. Barney estaba sacando con delicadeza algo del saco; algo suave, peludo y con uñas afiladas.

—¡Hay dos! —exclamó, al tiempo que uno

de los gatitos clavaba sus uñas y dientes en la mano de Barney.

—Sí, y no se puede decir que sean muy agradecidos —dijo él con una mueca de dolor.

Lavender se acercó y Barney abrió el puño para mostrarle los dos cuerpos diminutos. Estaban temblando y miraban a su alrededor con ojos muy abiertos y asustados. Lavender alargó una mano y acarició una cabecita.

—¡Son preciosos! —enseguida miró a Barney—. ¿Qué pensaba hacer? ¿Tirarlos al río metidos en un saco?

—Ésa era la intención de mi padre —corrigió Barney. Estaba acariciando a los gatitos con sus dedos, y Lavender podía oír sus ronroneos—. Su madre era una gata callejera y mi padre no quería acogerla. Pero mi hermana Ellen se había encariñado con los gatitos y me suplicó que les buscara un hogar. Así que me ofrecí para llevármelos y mi padre dio por hecho que iba a librarme de ellos.

Lavender se estremeció.

—Pero ¿qué pensaba hacer con ellos? ¿Se ha ofrecido alguien para quedárselos?

Por primera vez, Barney pareció un poco incómodo.

—No exactamente. Hay un viejo establo no lejos de aquí. Iba a dejarlos allí para pasar la noche. Estaba recogiendo ramas y hojas para hacerles una cama, cuando usted casi los pisotea. Confiaba en que mañana podría convencer a alguien para quedarse con ellos...

Lavender alzó las cejas.

—No me parece que sea una buena idea. Quienquiera que se los quedara podría deshacerse de ellos. Y además, ¡son demasiado pequeños para buscarse la comida ellos mismos!

—He traído comida y leche conmigo —dijo Barney con voz inexpresiva.

Lavender intentó no reírse. Le parecía ridículo que aquel hombre se hubiera tomado tantas molestias en proteger a unos simples gatitos... Y los gatitos parecían estar encantados con sus atenciones, pues habían formado un ovillo bajo sus caricias. Los pensamientos de Lavender volaron inesperadamente del destino de los animales a las caricias de Barney, y volvió a sentir cómo le hervía la sangre.

—¿Tiene mantequilla? —preguntó, sin

pensar mucho en lo que decía—. Si les unta las uñas de mantequilla, estarán demasiado ocupados lamiéndoselas y no tendrán necesidad de perderse por ahí.

Barney pareció desolado.

—No había pensado en eso… ¿De verdad cree que podrían perderse en el bosque?

—Los gatos son criaturas domésticas —explicó Lavender, contenta por poder hablar con más firmeza—. Intentarían volver con usted. Pero están demasiado lejos de Abbot Quincey para llegar por sí solos. Podrían caer al río, o morir de cansancio, o ser devorados por...

—Por favor, señorita Brabant, no se angustie —la interrumpió Barney, divertido y apenado al mismo tiempo—. Estoy seguro de que no hay necesidad de que sufran tanto…

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó ella, indignada. Entonces respiró hondo—. Se me acaba de ocurrir una idea… Me los llevaré a Hewly Manor y se quedarán conmigo.

La sugerencia pareció surgir de ninguna parte, y sorprendió a Lavender tanto como a Barney.

—¿Lo haría? Pero…

—Tenemos serios problemas con los ratones en la casa —se apresuró a improvisar Lavender para no parecer demasiado sentimental—. Los gatos serán la solución idónea.

Barney la miró fijamente. No parecía necesario señalar que los gatitos apenas eran más grandes que un ratón.

—Ya crecerán —dijo Lavender a la defensiva, como si le hubiera leído el pensamiento—. Con los cuidados apropiados…

Alargó una mano hacia el saco, pero Barney lo agarró antes que ella y volvió a meter a los gatitos en el interior.

—Es muy amable —dijo lentamente—. Si de verdad esta segura…

—¡Claro que lo estoy! Así podrá decirle a su hermana que ha encontrado un buen hogar para ellos.

—¿Y qué le dirá usted a su hermano y su cuñada?

—Bueno, les diré la verdad… Que me he encontrado el saco en medio del camino. Me conocen demasiado bien y saben que no sería capaz de abandonarlos.

Barney se puso el saco al hombro.

—En ese caso, la acompañaré a Hewly Manor, señorita Brabant.

—¡No es necesario! Alguien podría verlo y… —se interrumpió bruscamente, sabiendo que él podría malinterpretar sus palabras. No quería que la viera como a una dama soberbia que se considerase superior a él.

Barney la miró en silencio durante unos momentos y se apartó para dejar que lo precediera, desestimando claramente las objeciones de Lavender. Ella abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla sin decir nada.

Caminaron un trecho en silencio, hasta que Barney volvió a hablar.

—¿De verdad me tomó por un cazador furtivo, señorita Brabant?

Lavender volvió a adoptar una actitud defensiva.

—¡No sabía qué otra cosa pensar! ¿Por qué si no un hombre estaría vagando por los bosques de noche?

—Supongo que podría haber unas cuantas razones —respondió él—. Me decepciona que tenga una opinión tan pobre de mí, señorita Brabant. ¡Esperaba otra cosa de usted!

Lo último que esperaba Lavender era encontrarse pidiendo disculpas.

—Lo siento mucho, pero tiene que comprender mi justificación. Además, usted lo empeoró todo al agarrarme… —volvió a quedarse callada. Quizá no fuera lo más sensato recordarle el pequeño incidente.

—Sí… le pido perdón por ello —dijo él, aunque a Lavender le pareció detectar un ligero tono de ironía en su voz—. Creo que fue una reacción puramente instintiva, pero aun así le pido disculpas por haberla asustado.

Lavender no estaba dispuesta a admitir que se había alterado más que asustado. La cercanía y el tacto de Barney causaban estragos en sus nervios, y aún seguía temblando.

Llegaron a la brecha en el muro donde el sendero hacia los jardines de Hewly Manor cruzaba los campos. Lavender se giró hacia Barney.

—Será mejor que no siga, señor Hammond. Si alguien lo ve, sospecharán que estoy ocultando algo sobre los gatitos. Por favor, dígale a su hermana que cuidaré bien de ellos. Y ahora, le deseo buenas noches.

Barney se echó hacia atrás e hizo una reverencia, tan impecablemente como cualquier caballero de la nobleza. Pero entonces echó a perder el efecto al esbozar una sonrisa tan radiante como la luna llena.

—Buenas noches, señorita Brabant. Y gracias.

Desapareció en la oscuridad y Lavender se dio la vuelta para correr a casa, invadida por un sorprendente y enervante deseo de girarse para ver cómo Barney se alejaba. Apretó los gatitos contra ella y cruzó la verja del jardín, negándose a mirar atrás. No había duda de que Barney Hammond la había alterado... Mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¡No me puedo creer que hayas acogido a dos sucios gatos callejeros en esta casa, Lavender! —espetó Lewis Brabant a la mañana siguiente, mientras intentaba desembarazarse del gatito pelirrojo que se aferraba obstinadamente a su pernera. Dejó el periódico y lo agarró con una delicadeza que contradecía sus

duras palabras. El gatito empezó a ronronear inmediatamente, y Lewis puso una mueca que hablaba por sí sola.

—Le gustas —dijo Caroline con una sonrisa, mientras le daba de comer al otro gatito en su regazo—. ¡Pobres animalitos! Estaban muertos de hambre…

Lewis emitió un bufido de disgusto.

—Pues tendrán que empezar a ganarse el alojamiento. La cocina será el lugar apropiado para ellos, no el salón.

—Sí, cariño —aceptó Caroline con suavidad—. Estarán muy bien si los dejamos en casa —esbozó una amplia sonrisa—. No puedes engañarme… Sé que te parecen encantadores.

Lewis respondió con un gruñido y se levantó de la mesa del desayuno.

—Estaré en mi estudio si me necesitas —dijo, inclinándose para besar a su esposa—. ¡Si encuentro algún ratón, sabré lo que hacer!

Salió del comedor y Caroline se volvió hacia su cuñada sin perder la sonrisa.

—Creo que tus nuevas mascotas han sido todo un éxito, Lavender. Lewis se ha enamorado de ellos.

Lavender arqueó las cejas. Sabía que la desaprobación de su hermano era pura apariencia, pero a ella le había costado explicar el rescate de los gatitos de una manera convincente. Salir a dar un paseo y volver con dos animalitos en un saco resultaba, cuando menos, extraño, sobre todo si afirmaba únicamente habérselos encontrado por casualidad.

—¿No te parece muy extraño que estuvieran metidos en un saco de la tienda Hammond's? —preguntó Caroline—. El tipo de saco que se emplea para guardar rollos de tela y cosas así… ¿Y si se les han perdido y quieren recuperarlos? Quizá deberíamos preguntarles…

Lavender dio un respingo, derramando parte del chocolate caliente. No había pensado en eso.

—¿Era un saco de Hammond's? No me había fijado —dijo con toda la naturalidad que pudo.

—Lo que me recuerda… —continuó Caroline— que prometiste ir hoy a Abbot Quincey para comprarme unas cosas. Hilo para bordar, cintas... He hecho una lista. ¿Puedes hacerme el favor, Lavender?

Lavender suspiró. El encargo de Caroline no podía ser más inoportuno. No le apetecía ir hasta Abbot Quincey aquella mañana, y mucho menos entrar en la mercería Hammond's. En el último mes había hecho demasiadas visitas a la tienda, y ahora sentía la imperiosa necesidad de mantenerse lo más lejos posible de Barnabas Hammond. Quizá de ese modo pudiera ignorar las inquietantes sensaciones que él le había provocado. La noche anterior había estado dando vueltas en la cama durante una hora, y todos sus pensamientos habían girado en torno a él.

Se dio cuenta de que Caroline la estaba observando con sus brillantes ojos avellana y de que no le había dado una respuesta aún.

—Claro que sí, Caro —respondió rápidamente, apartando el plato de huevos con jamón. De repente no tenía apetito.

—También tengo que enviarle un mensaje a lady Perceval —dijo Caroline—. ¿Dónde habré dejado los útiles de escritura? ¿En la biblioteca? Últimamente se me olvidan las cosas con mucha facilidad...

Lavender sonrió.

—La señora Pryor dice que eso les suele ocurrir a las embarazadas.

Caroline pareció ofenderse.

—¡Qué tontería!

—Entonces ¿por qué llevas puesto el dedal para desayunar, Caro?

Caroline se miró el dedo y chasqueó la lengua.

—¡Cielos! Creía que lo había dejado en la caja de costura… —vio la expresión de Lavender y sonrió a pesar de sí misma—. Muy bien, tienes razón. Bueno... ¿qué estaba buscando?

—Los útiles de escritura —dijo Lavender, levantándose rápidamente—. Yo te los traeré, Caro. ¡No me gustaría que te perdieras de camino a la biblioteca!

Dos

Normalmente, Lavender disfrutaba inmensamente haciendo a pie el camino a Abbot Quincey. Le encantaba el sonido del viento en los árboles, las sombras que de las nubes en los pastos y la caricia de la brisa en el rostro. Aquellos paseos le permitían pensar en sus pinturas, sus lecturas y cualquier otra actividad intelectual con las que a Lavender le gustaba llenar su tiempo.

Pero aquella mañana… Lavender se detuvo para atarse firmemente las cintas del sombrero